

**¿QUÉ COLOR VERÉ MAÑANA
DESDE MI PUNTO DE MIRA?
2º LUGAR**

**AÍDA ROMERO
ESPAÑA**

Nacida en Tarragona (1995), graduada en Enfermería (2017) y especialista en salud mental (2021). Escritora novel con varias novelas terminadas y trabajando para su edición, así como amante de los concursos de relato breve y poesía.

Primer premio en XXXIX Concurs literari de Sant Jordi (España, abril 2011), con relato publicado: “Silenci”.

Ganadora de la Convocatoria para el número doce de la revista literaria Alborismos (Venezuela, junio 2023), con dos microrrelatos publicados: “El fin del mundo” y “Para toda la eternidad”.

Finalista del III Certamen de Relato Breve “El Sombrero de Tres Picos” (España, agosto, 2023), con relato publicado: “El tomate le salvó la vida”.

**¿QUÉ COLOR VERÉ
MAÑANA DESDE MI
PUNTO DE MIRA?**



Una bolita de papel mojado cae sobre mi cuaderno. No me atrevo a voltearme hacia el niño que me ha vuelto a molestar durante la clase de matemáticas, y simplemente sigo observando a la profesora.

Lo hago.

Lo intento.

Pero escucho el ruido de fondo como el zumbido de las abejas en mis oídos. Me siento como si estuviera en las vías del tren, con los vagones corriendo por los carriles a una velocidad imposible. El corazón me aprieta en el pecho y un nudo oprime mi garganta.

Respira, Helena. Respira.

Lo hago.

Lo intento.

La esfera de nervios asciende con rapidez hacia mis labios. Quiero gritar que se detengan. Quiero salir corriendo de la clase y no volver jamás. Sin embargo, en el fondo sé que no tengo elección.

De modo que me quedo sentada, con los pies juntos y me sumerjo cada vez más en mi mundo interior. Imagino mi vida de una forma diferente: donde los murmullos y la interacción humana no fueran un terrible desafío, donde las emociones se pudieran identificar del mismo color para todos.

No logro comprender cómo funcionan todas estas personas que me rodean. No entiendo por qué se burlan de mi ropa o mi cara, ni el motivo por el que lo hacen. No consigo hallar la respuesta de no tener amigos, aunque ni siquiera sé qué significa el concepto de amistad.

Y me siento sola. Cada día que pasa es una fotocopia del anterior y soy como un conejo lastimado y perdido, entre tanto lobo salvaje. Aun así. Aun así.

Me obligo a intentarlo una vez más. Alzo mi rostro y busco la mirada de la profesora. Por un instante, sus ojos me recuerdan al azul celeste que brilla en los primeros días de verano. Eso me crea una cálida sensación de paz y me devuelve recuerdos hermosos de los viajes a la playa con mi madre.

En el siguiente parpadeo, el color se esfuma como si fuera una nube de vaho. No soy capaz de seguirle un segundo más, y me desvío hacia un punto de la pizarra.

—Helena, ¿estás bien?

Ahí viene.

La retahíla de palabras para llamarme la atención y las burlas que nacen en las bocas de la muchedumbre. Quiero hacerme más pequeña que una mota de polvo y desvanecerme en el aire para siempre.

—Sí—asiento, mientras continúo contemplando una esquirla rota de la pizarra.

—¡Dejarla en paz! —exclama una compañera.

Me giro en busca de aquella voz, cuando la risa estalla gozosa por todos los rincones. Encuentro unos ojos pardos y saboreo el tinte rojo en mi lengua. Tal vez aquel pigmento signifique rabia, aunque creo que nunca lo descubriré.

La clase continúa con la lección, ajena a la realidad de mis pensamientos. Termino por clavar la mirada en el cuaderno, en el cual encuentro otra bolita de papel mojado que no había percibido antes.

Si tan solo pudiera ser parte del molde predefinido. Si pudiera mirar, y ver. Si consiguiera relacionarme como todos los demás sin que ello me dejara completamente agotada durante varios días.

Mi madre siempre me ha dicho que aquello que me hace diferente se convertirá en mi mayor arma en un futuro. Por mi parte, sigo sin entender qué virtud puede nacer de mi autismo.

Pero me obligo a creer que tiene razón, y que solo tengo que continuar aprendiendo y observando hasta que un día, realmente, sea capaz de apreciar los colores y darles su verdadero nombre.

Hasta que las personas dejen de parecerme monstruos que intentan devorarme.

Suena el timbre y escucho un estruendo de sillas

al moverse y más chillidos. Me quedo muy quieta hasta que el silencio, por fin, me envuelve en un tierno abrazo.

—Es hora de ir a casa, Helena.

La voz suena tan melosa como la miel. Sigo su timbre hasta hallar un redondeado rostro de mejillas sonrojadas. Sus ojos son los más hermosos que he visto nunca. Me recuerdan... me recuerdan al atardecer, justo en aquel punto que separa a la luz de la penumbra olvidada.

Parece amabilidad.

—Vámonos —me apremia la niña.

Agarro el abrigo y la pesada mochila a los hombros. Mientras camino hacia mi próxima batalla, me pregunto:

¿Qué color veré mañana desde mi punto de mira?